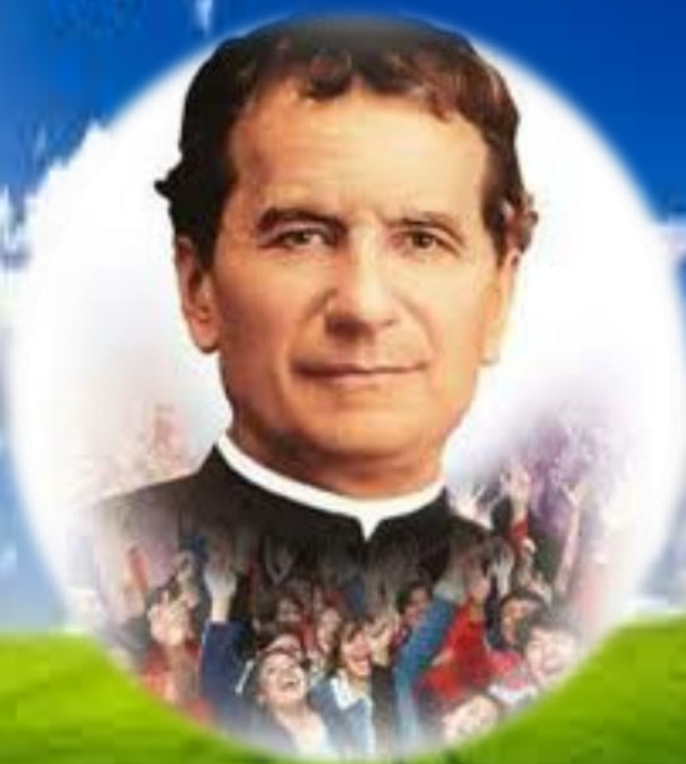


DON BOSCO, MAESTRO ESPIRITUAL
FORMACIÓN DE EDUCADORES
SALESIANOS



Marcelo Escalante, SDB

MARCELO ESCALANTE MENDOZA, SDB

DON BOSCO, MAESTRO ESPIRITUAL

**TEMAS DE FORMACIÓN
PARA EDUCADORES SALESIANOS**

Bogotá, 2014

DON BOSCO: MAESTRO ESPIRITUAL

Que Don Bosco es santo, no nos queda la menor duda. Pero ¿Qué clase de santo es? ¿Es un santo de ayer o de hoy? ¿En qué consistió su santidad? Junto a estas preguntas, es de gran utilidad preguntarnos además ¿de qué sirve conocer la santidad de Don Bosco?

La fe cristiana es eminentemente práctica. En el lenguaje tradicional podemos decir que uno no se salva –se santifica- por conocer tal o cual doctrina, sino por emprender un auténtico *seguimiento del Señor*. Aquí tenemos la clave para responder a todas las anteriores preguntas. Don Bosco fue santo porque llegó a realizar un auténtico camino de *seguimiento de Señor*, su santidad se entiende entonces primordialmente como relación de cercanía con Jesús, haciendo propia su causa en pro del Reino de Dios, que para él iba directamente relacionado con el trabajo en pro de la evangelización de la juventud por medio de la educación. Conocer la espiritualidad de San Juan Bosco nos sirve para emprender, consolidar o reencaminar nuestro propio esfuerzo de *seguimiento del Señor*. He ahí el punto central de estos encuentros, mediante los cuales pretendemos que los que los realicen entren en la dinámica de *seguimiento de Jesús*.

Lamentablemente se ha confundido la fe cristiana con la práctica ritual sacramental, con la observancia de algunos códigos éticos inspirados en los mandamientos o con el asentimiento de verdades de fe dictadas por la Iglesia; sin excluir lo anterior, el seguimiento del Señor es algo más profundo, más vital. En América Latina los pastores de la Iglesia han mostrado de un modo muy acertado el camino de *seguimiento* en la dinámica de ser *discípulos-misioneros*. El seguimiento implica dos movimientos fundamentales: 1) cercanía emotiva, física, intelectual, actitudinal, religiosa con Jesús y 2) movimiento, puesto que él no se queda estático, camina.

Todos los bautizados sin excepción estamos invitados, casi obligados, a participar del seguimiento de Jesús desde la propia condición. El *seguimiento* que realiza un sacerdote no es el mismo que el de un laico, así como el de un padre de familia no es igual que el de un hijo, ni el de un adolescente es igual al de un anciano; pero todos los creyentes deben realizarlo. Como educadores salesianos nosotros queremos emprenderlo desde nuestra propia identidad, es decir por medio de la educación y al estilo de San Juan Bosco.

En el clima de preparación a la celebración del Bicentenario del nacimiento de Don Bosco, presentamos esta serie de encuentros pensados principalmente, pero no exclusivamente, para los educadores que comparten con nosotros la pasión de la evangelización de la juventud. Presentamos diez encuentros esperando una periodicidad mensual. Para su realización nos hemos servido principalmente de las obras: *“Seguir a Jesucristo tras las huellas de Don Bosco”*, del P. Mario Peresson; *“Don Bosco y la vida espiritual”* del P. Desramaut; *“La alegría de la educación”* del P. Thevenot y *“Conversaciones sobre Don Bosco”*, del P. Teresio Bosco. El modo cómo entendemos el *seguimiento* lo hemos interpretado desde la magnífica obra: *“El seguimiento de Jesús”* del P. José María Castillo.

La espiritualidad salesiana es netamente operativa, está orientada a la acción, si ésta falta habría que cuestionar si es que es auténticamente salesiana. Por tanto, esta serie de encuentros han sido pensados siguiendo la dinámica: conocer- experimentar-vivir. *Conocer*, como medio de entender nuestra llamada a ser seguidor del Señor mediante la puesta en práctica de nuestra identidad como educadores salesianos. *Experimentar*, la presencia de Dios en nuestra vida que nos llama a estar con él para luego enviarnos como sus mensajeros en medio de los jóvenes. *Vivir*, en nuestro trabajo ordinario y en nuestra vida cotidiana aquello que hemos conocido y experimentado. Se conoce a Jesús siguiéndolo y se es auténtico

discípulo cuando se es su misionero, es decir, cuando nos hacemos portadores de su mensaje de Vida.

En ese sentido hemos pensado que un posible esquema para la realización de los encuentros bien podría ser:

1. Compartir las expectativas del encuentro, las experiencias que se han vivido anteriormente, los miedos y esperanzas.
2. Realizar la lectura de la reflexión que presentamos.
3. *Realizar la Lectio Divina del pasaje sugerido, o de otro que se considere adecuado.*
4. Tomar y compartir propósitos para el mes.

En este esquema el punto central, consideramos, es el de la *Lectio Divina*, puesto que la espiritualidad cristiana es seguimiento de Jesús, y éste se consigue mediante la relación dialógica entre el Maestro y el discípulo y en hacer nuestra su causa, la del Reino de Dios. En el trabajo por la salvación de la juventud, encontramos nuestra propia santificación.

Esperamos que este sencillo trabajo pueda contribuir positivamente de algún modo al crecimiento en la fe de nuestros educadores para que así nuestro servicio a la juventud más necesitada sea una verdadera Buena Noticia, que les dé la cualificación necesaria para ser *“buenos cristianos y honestos ciudadanos”*. Deseamos terminar escuchando a Don Bosco: *“¿Quieren hacer algo bueno? Eduquen a la juventud; ¿Quieren hacer algo santo? Eduquen a la juventud; ¿Quieren hacer una obra santísima? Eduquen a la juventud; ¿Quieren hacer algo divino? Eduquen a la juventud... Más bien, entre las cosas divinas, ésta es la más divina”*.

Fraternalmente,

Marcelo Escalante Mendoza, SDB
(e-mail: marcelosdb24@gmail.com)

La «lectio divina» es una manera de entrar en diálogo con el Dios que nos habla a través de su Palabra.

Podemos representar gráficamente el itinerario de la «lectio divina» de esta manera:

1

LECTURA

¿Qué dice el texto?

- Leer el texto de manera atenta y respetuosa.
- Detenerse (estar-reposar) sobre el texto.
- Descubrir el mensaje de fe.



2

MEDITACIÓN

¿Qué me dice el texto?

- Ponerse ante el espejo de la Palabra.
- Interiorizar.
- Ahondar en la propia vida.



3

ORACIÓN

¿Qué me hace decirle a Dios?

- Orar la Palabra: pido, alabo, agradezco, suplico...



4

CONTEMPLACIÓN

- Dios se me da a conocer con la experiencia del corazón.
- Serenidad ante el misterio de Cristo.



5

COMPROMISO

¿Qué camino de vida me invita a tomar?

- Ver la realidad con la mirada de Dios.
- Configuración con Cristo y vida en el Espíritu.
- Anuncio, compromiso y caridad.



TALLER # 1

ESPIRITUALIDAD

A lo largo de este año nos vamos a dedicar a intentar conocer la espiritualidad de Don Bosco, o mejor dicho de San Juan Bosco. La tarea que nos proponemos no es nada fácil, pues implica conocer lo más profundo de su ser, sin embargo es posible.

Pero antes de intentar conocer la espiritualidad de Don Bosco es necesario que tengamos claridad sobre lo que es la *espiritualidad*. Lamentablemente éste término no ha sido bien interpretado, por lo que no pocas personas sienten una especie de “repulsión” e incluso “repugnancia” cuando se habla de ella. Por una *concepción equivocada* de la espiritualidad cristiana, se la ha interpretado prácticamente de un modo exclusivo con la renuncia y sacrificio; lo que a la larga quería decir tristeza. Nos quejamos de que nuestros templos cada vez estén más vacíos, pero nos olvidamos de que es difícil que alguien quiera inscribirse en un proyecto en el que se pide NO disfrutar de lo bueno de la vida, renunciar a los placeres incluso sanos (!) de la misma.

Otro factor que ha influido negativamente al momento de entender la espiritualidad ha sido su presentación como hecho individual, una especie de “culto al ego”. En un mundo en el que se tiene claridad de la necesidad de que todos nos unamos, dejando de lado las diferencias de raza, religión, nación, etc.; para enfrentar los problemas de nuestro tiempo, la espiritualidad es presentada como “vivencia interior” pero “individual”, en la que los otros no sólo pueden distraer, sino que incluso pueden perjudicar (!) una buena vida espiritual. Por otro lado, lamentablemente se ha presentado la espiritualidad como algo destinado a un grupo especial de personas, una especie de “iluminados” o “escogidos”. Dentro de la Iglesia, los privilegiados eran los sacerdotes y las religiosas (monjes), pues ellos son los que —dice— están “más cerca de Dios”.

En el fondo, éstos factores son expresiones de antropologías (modos de entender al ser humano) que hacen una división entre “alma” y “cuerpo”. Así, se veía el alma como lo bueno y el cuerpo como lo malo, por lo que se debía cultivar a la primera y castigar al segundo. Este modo de entender al hombre no es cristiano, pues para nosotros el ser humano es una unidad, todo el ser

humano es bueno, porque todo él es creación de Dios, y de Dios sólo puede venir lo bueno; si no hubiera sido así, Jesús no se hubiera hecho uno como nosotros. Es necesario que vayamos haciendo esfuerzos para comprender mejor el mensaje del Señor.

Para corregir estas desviaciones no han ayudado mucho las imágenes de los santos que encontramos en las Iglesias, a éstos se les ve con unas tales caras de sufrimiento que pueden suscitar admiración, pero difícilmente suscitarán deseo de imitación. Así presentados se ven como seres extraños, “locos”, son una especie de satélite que se puede contemplar, pero que es imposible alcanzar, ni siquiera vale la pena intentarlo... *quedarse sólo con la renuncia, el sacrificio, la individualidad, la mortificación...* ¡Esta no es la espiritualidad cristiana!

Ahora bien, tampoco nos vayamos al otro extremo, de modo alguno queremos proponer una “*espiritualidad light*”. La espiritualidad cristiana implica renuncia, sacrificio, momentos de soledad y de relación íntima con el Señor, etc. Jesús mismo pone como condición para su seguimiento “cargar con la cruz”. Pero no se reduzca a éstas, debemos recordar que la vida de Jesús no termina en el madero de la cruz, sino que se realiza plenamente en la resurrección, en la vida. Entre los creyentes ha calado muy hondo el sufrimiento de Jesús en la cruz, pero falta vivir la experiencia de la Resurrección. Jesús nos propone un proyecto de **Vida** (con mayúscula), cuyas expresiones son el movimiento, la alegría, la sonrisa, la paz, el amor, la música, el baile. La espiritualidad es ese impulso de Vida. Un indicador de que una persona verdaderamente espiritual es la alegría, el optimismo, la esperanza.

Una espiritualidad bien vivida nos da alegría, nos da Vida; se realiza en el día a día de nuestra existencia, en la escuela, en la cocina, en el trabajo, en los ómnibus, etc. No nos hace escapar de la realidad en la que vivimos, por el contrario nos da la fuerza para afrontar los problemas y nos capacita para verlos desde una óptica distinta, la óptica de la fe. La espiritualidad es para todos sin excepción, sin importar la relación que se tenga con Dios, algún día hay que empezar o re-comenzar... De ningún modo puede ser vista como una carga más que añadimos a nuestra vida, por el contrario es un impulso que nos libera, nos da fuerza, es impulso de vida.

La espiritualidad, sin lugar a dudas tiene mucha relación con el Espíritu, que para nosotros cristiano es el Espíritu Santo. Él es Dios, es la tercera Persona

de la Santísima Trinidad, se le conoce como el “**vivificador**”, porque por medio de Él se da vida a todo cuanto existe. Del Espíritu Santo viene la bondad de Dios, es espíritu del bien. De Él también nos viene la fuerza (vida) para optar por el proyecto de Jesús. Para el creyente el Espíritu Santo es quien posibilita la Vida (con mayúscula), es decir la vida ofrecida por Jesús. De allí que nuestra espiritualidad sea “cristiana”. El hombre y la mujer espiritual, son, entonces, quienes viven de acuerdo a los impulsos que da el Espíritu Santo.

Existen distintos tipos de espiritualidad. Nosotros seguimos la espiritualidad cristiana y se llama así por dos razones importantes: 1) porque nos la enseñó Jesús, el Cristo, con su vida, sus obras y su Palabra; 2) porque en el centro de la misma se encuentra Jesús, el Cristo. Entonces, tengamos claridad sobre este punto que es supremamente importante, nuestra espiritualidad se puede entender como *seguimiento* de Jesús (profundizaremos sobre el tema en el siguiente taller).

En un primer momento podemos entender este *seguimiento* como “**amistad**” con Jesús. Que Jesús sea nuestro amigo quiere decir que tenemos que cultivar su amistad (¿alguna vez perdiste algún amigo por descuidarlo?), para ello tenemos que esforzarnos en conocer lo que Él quiere, digamos lo que le agrada y lo que le desagrada; también tenemos que tratar de conocer cómo piensa para que podamos entenderlo. Más aún, algo que es muy importante en cualquier relación de amistad, debemos dejar que él sea como es, si intentamos hacer que Jesús se acomode a nuestro gusto, o a nuestras costumbres, atentamos contra la amistad, si lo buscamos sólo para obtener beneficios (“milagros”) de él, estamos traicionando la amistad... En una relación de amistad lo más importante es el amigo...

Por su parte, Jesús nos promete que será un buen amigo. Se compromete a cuidar la amistad, a respetarnos, a no imponernos nada, se compromete incluso a ser nuestro amigo aun cuando nosotros nos aburramos de su amistad. Jesús nos promete también que si entramos en la dinámica sincera de su amistad, creceremos ampliamente como personas (como “yo” y como “nosotros”) y como creyentes.

Otro indicador de que se tiene una auténtica espiritualidad cristiana es **tener la necesidad de comunicar la experiencia**, “Ay de mí si no evangelizara” dice San Pablo (1Cor 9,16). Si nosotros, educadores, queremos ayudar a los jóvenes a que entren en la dinámica de *seguimiento* de Jesús, es decir a que

tengan una espiritualidad, debemos comenzar nosotros. Las cosas de fe, las de Dios, nunca se imponen, se proponen, se invita. La fe es un regalo que Dios quiere hacer a todos, pero cada uno tiene su ritmo, unos lo aceptan antes, otros después; otros prefieren rehusar el regalo... nuestra tarea es la de facilitar el encuentro con Cristo, pero no podemos asegurar su realización. Pero, si queremos ser un instrumento para que Jesús sea su amigo, debemos nosotros primero ser amigos de Él, para luego presentarlo a los jóvenes como "mi amigo". La mejor invitación para vivir la espiritualidad cristiana es una vida en la que se vea que se goza de una fuerte amistad con Dios.

LECTIO DIVINA – Lc 1, 46-55

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia - como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

¿Qué quiere hacer el Señor contigo? ¿De qué te quiere liberar? ¿Cuál es la alegría que te quiere regalar?... ¿Qué te pide para lograrlo?...

Haz tu propio Magnificat: Razones por las que alabas al Señor, recuerda todo lo bueno que hizo por ti y espera todo lo bueno que quiere hacer contigo, por ti, para ti, por medio de ti.

TALLER # 2

LA ESPIRITUALIDAD DE SEGUIMIENTO

En el anterior taller estudiamos que la espiritualidad cristiana bien puede ser entendida como una de *seguimiento de Jesús*. Efectivamente, en el Evangelio encontramos con regularidad que cuando Jesús quiere que alguien esté con Él le llama *para seguirle*.

Ahora bien, el seguimiento del Señor implica: 1) **cercanía** y 2) **movimiento**. Uno no puede seguir a alguien que no conoce, por ello para poder conocer a Jesús se requiere entrar en contacto con él y esto se realiza gracias a la *Cercanía*. Este es uno de los aspectos más bellos de la fe cristiana, pues afirmamos la completa autonomía de Dios con respecto de su creación, aseguramos que Dios es infinitamente grande, omnipotente, inconmensurable... y al mismo tiempo afirmamos que este Dios, así de grande y perfecto, quiere entrar en una relación cercana con nosotros, se abaja para hacerse cercano a nosotros, quiere ser nuestro Padre querido (papito).

Por otro lado, el seguimiento es también **movimiento**, pues el Señor pasa por la historia, no se queda quieto en un lugar, sino que camina, escucha, siente, se conmueve. El seguimiento de Jesús implica que nosotros también nos pongamos a caminar tras sus huellas, que hagamos que su camino sea nuestros camino, que sus anhelos para la humanidad sean los nuestros, que su meta sea nuestra meta, que el destino que él tuvo sea también el nuestro.

Para comprender mejor la espiritualidad de seguimiento de Jesús hagamos uso de nuestra creatividad. Imagina que te encuentras al borde de un camino, tal vez estabas andando por un buen tiempo y te perdiste, o simplemente te cansaste de caminar y te sientas a descansar. A lo lejos ves venir a Jesús, con la mirada sigues su caminar y ves que se dirige hacia ti. Cuando está cerca, hace un alto en sus pasos, te mira, dice tu nombre, te sonrío, te extiende la mano y te dice "sígueme". Luego, él sigue caminando. Tú te encuentras en un momento de duda anterior a una decisión: puedes seguir sentado tranquilo, debajo de una sombra, tal vez con una bebida.... Puedes también dejar que Jesús se vaya y tú reemprender el camino que estabas realizando antes de que él viniera; o puedes aceptar su invitación y seguirle. La respuesta es tuya. Jesús invita, propone, nunca obliga, ni impone.

Si decides seguir a Jesús te darás cuenta de que el que lleva el ritmo de la caminata es él, no es bueno presionar para ir más rápido, tampoco es bueno buscar pausas innecesarias, porque el Señor seguirá caminando. Algún momento te cansarás y anhelarás el anterior camino donde tú eras el que llevabas el ritmo; Jesús lo sabe, es el maestro. Por eso te dará pausas en las que estarás con él, te sentarás a su mesa, recibirás el pan que él mismo partirá y repartirá con todos los que le siguen, gozarás de su presencia, aprenderás sus enseñanzas y con éstas nuevos sentidos para la vida; pero cuando te hayas alimentado y hayas descansado, hay que volver a caminar. A veces caminarás junto a él, lo sentirás cerca y todo irá bien; otras, parecerá que caminas solo, pero ten la seguridad de que él va contigo.

De algún modo, así es la espiritualidad como seguimiento del Señor. Cuando realizamos una caminata por el campo más que llegar rápido a la meta, importa disfrutar la caminata, contemplar la naturaleza, sentir el viento, gozar del aire puro. Del mismo modo, en el seguimiento del Señor, ciertamente importa mucho la meta, que es llegar a entrar en perfecta relación con Dios; pero es también muy importante tener los ojos abiertos para contemplar el paisaje. Pero más importante aún es gozar de la compañía de nuestro acompañante, Jesús. Mientras le seguimos le conocemos, más aun, la mejor –si es que no es la única- forma de conocer a Jesús es siguiéndole, pues en su seguimiento lo experimentamos como realmente es.

Ahora bien, es importante que tengamos claro algo. Se puede ir todos los domingos a misa, comulgar, confesarse regularmente, cumplir con todos los mandamientos de la Iglesia, etc. y no ser auténticos seguidores del Señor. Pues seguir a Jesús no es cumplir prácticas rituales, ni aceptar doctrinas de fe, ni practicar mandamientos, ni adquirir algunas virtudes; todas estas cosas si no son bien entendidas no sólo no ayudan al seguimiento de Jesús, sino que incluso pueden entorpecerlo.

La auténtica espiritualidad cristiana de seguimiento se realiza cuando hay una verdadera relación de amistad con Jesús. Cuando lo experimentamos cercano y cuando su camino se convierte en nuestro camino.

A este punto es importante que toquemos, aunque sea brevemente, un tema fundamental de la vida de Jesús: El Reino de Dios. Esta fue la causa principal de su existencia, tema recurrente de su predicación, motivo por el cual dio su vida. Es interesante comprobar que Jesús no se anuncia a sí

mismo, ni a la Iglesia, sino que anuncia el Reino de Dios. Y a pesar de ser un tema recurrente de su predicación, no lo define con la claridad que nos gustaría. Nos lo da a entender mediante parábolas, mediante comparaciones. “El Reino de Dios se parece a”: “un grano de mostaza... levadura en la masa... un tesoro escondido”. No nos lo define pero nos da a conocer algunas de sus cualidades: es obra de Dios y aunque los seres humanos podemos colaborar para que se haga presente, está en las manos de Dios su realización; este Reino es la manifestación de la gloria de Dios por medio del amor, del perdón de la misericordia, de la justicia; en este sentido, en este Reino hay unos preferidos: los pobres, los que sufren, los excluidos, los que lloran. El Reino de Dios es, entonces, plenitud de vida para todos, pero de manera especial para aquéllos que se encuentran en situaciones en las que su vida –de dignos hijos de Dios- se encuentra amenazada o privada. En una palabra, el Reino de Dios es Dios reinando en la historia.

El Reino de Dios comenzó con Jesús y desde entonces se ha ido desarrollando en la historia de la humanidad, y también en la historia de cada uno de nosotros. Pero este mensaje no ha sido siempre bien aceptado, Jesús fue crucificado; más aún sin mucho esfuerzo podemos evidenciar que en la historia, en la sociedad, se encuentra la presencia del anti-reino, que son las estructuras y situaciones que generan injusticia, violencia y muerte. Los seguidores de Jesús se comprometen en la causa de construcción del Reino de Dios, lo que implica enemistad con el anti-reino.

En el anterior taller recordábamos que la espiritualidad cristiana se vive en la profundidad interior, ciertamente, pero tiene connotaciones que van más allá de la persona individual. La espiritualidad cristiana auténtica, tiene implicaciones sociales. La causa principal de la vida de Jesús fue la del Reino de Dios, por lo tanto, ésta es también la causa principal de la vida de sus seguidores. Y si bien el Reino de Dios se vive en el interior de la persona, debe ser también instaurado en la sociedad. Allí donde haya justicia, solidaridad, dignidad, paz y vida se encuentra el Reino de Dios. Por tanto, es tarea ineludible de todo seguidor de Jesús hacer que en nuestra sociedad se vivan esos valores. Para conseguirlo, ciertamente la oración ayuda mucho, pero junto con ésta se requiere ponerse a trabajar para realizarla.

En nuestras sociedades latinoamericanas en las que hay una amplia mayoría que se declara creyente, cuestiona sobremanera que vivamos

situaciones extremas de pobreza, injusticia y violencia sin que logremos tendernos la mano entre nosotros mismos. Ciertamente la caridad benéfica es de utilidad para subsanar las necesidades inmediatas de la población que sufre, pero como seguidores del Señor estamos también llamados a hacer que cambien las estructuras (instituciones, políticas, programas, modelos, etc.) que generan las condiciones lamentables que vivimos.

La cercanía con el Señor Jesús nos lleva a ponernos en movimiento, es decir a ponernos a trabajar para hacer que el Reino de Dios se haga presente de un modo definitivo en nuestra historia. Como educadores cristianos, salesianos, estamos comprometidos con esta causa. La educación que brindamos en nuestros centros, en nuestras aulas sin importar la materia, deben ser orientadas hacia la causa del Reino de Dios, el reino de la vida, de la solidaridad, de la hermandad. Este es el camino de nuestra santificación, el camino de nuestra salvación.

LECTIO DIVINA – Lc 19, 1-10

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: 'Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede en tu casa. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: 'Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador'. Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: 'Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo'. Jesús le dijo: 'Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

¿Qué es lo que en tu vida te impide ver a Jesús? Zaqueo mostró que Jesús cambió su vida devolviendo lo que robó... ¿tú cómo lo harás?

TALLER # 3

SEGUIR A JESUCRISTO TRAS LAS HUELLAS DE DON BOSCO

Hemos ido adentrándonos gradualmente en el conocimiento de la dinámica del seguimiento de Jesús, ésta al mismo tiempo esfuerzo personal y gracia divina. Las cosas espirituales son curiosas, es posible la aridez en momentos de búsqueda intensa, así como es también posible una experiencia profunda cuando las circunstancias son adversas. “El Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere” (Cfr. Jn 3, 7). En este encuentro vamos a conocer nuestro modo particular de seguir a Jesús como miembros partícipes del carisma salesiano.

Primero recordemos que lo más importante es **seguir a Jesús**. Esa es la meta última del cristiano, que se haga según uno u otro estilo es en cierto modo indiferente, pues lo más importante para la vida de fe de un creyente es la relación que tenga con Dios. Ahora bien, a lo largo de la historia de la Iglesia, es decir de la comunidad de creyentes, se han reconocido distintos estilos de realizar este seguimiento. En ese sentido, la Iglesia como madre y maestra, nos indica cuáles medios son efectivos para seguir al Señor y cuáles pueden más bien confundirnos; su experiencia milenaria y la promesa de asistencia permanente realizada por el mismo Jesús, da garantía de que su juicio es veraz.

Cuando la Iglesia reconoce como santa a una persona, da fe de que realizó un auténtico camino de seguimiento del Señor. Lo mismo, cuando se aprueba la existencia de Institutos, congregaciones o movimientos religiosos, se reconoce en éstos un camino válido para realizarlo. *En nuestra Familia Salesiana* gozamos de un amplio cuadro de personas reconocidas como santas, la Iglesia reconoce en ellas una vida de auténtico seguimiento de Jesús, por lo tanto son propuestas como modelos para nosotros. Lo particular es que lo consiguieron tomando como ejemplo a Don Bosco.

Esa es la meta de nuestra vida como educadores y simpatizantes del carisma salesiano: **Seguir a Jesucristo tras las huellas de Don Bosco**. En su Carta a los Corintios, San Pablo nos dice: “sean imitadores de mí como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 11, 1), con esta expresión el apóstol de los gentiles nos confirma lo que hemos venido diciendo: lo más importante es

seguir a Cristo. Nosotros lo hacemos por el camino trazado por Don Bosco, porque reconocemos que él fue un auténtico seguidor de Jesús y por tanto podemos aprender de su vida, de sus palabras, de sus obras, de sus actitudes... para nuestro propio seguimiento.

Entonces ¿cómo fue el seguimiento de Jesús realizado por Don Bosco? Comencemos diciendo que para Don Bosco la espiritualidad, la relación con Dios, no se vivía sólo en los momentos de oración mental o en la capilla, sino en el contacto con los demás, con sus jóvenes. Más aún, él se tomó muy en serio la frase del Evangelio: “lo que a uno de estos pequeños hiciste a mí me lo hiciste” (Mt 25, 40). Recién ordenado sacerdote Don Bosco llegó a la ciudad de Turín, allí se encontró con una realidad lamentable, especialmente para los jóvenes. Alboreaba la revolución industrial a esta capital, las fábricas requerían de mano de obra para sus trabajos, lo que generaba ciertos ingresos. Pero como las fábricas querían economizar para obtener mayores ganancias, decidían contratar jóvenes e incluso niños, a quienes pagaban salarios de hambre, por jornadas de hasta 16 horas diarias, se les pagaba con una sola moneda, la que a penas y alcanzaba para la alimentación del día.

En el campo la vida no era fácil, por lo que muchos jóvenes iban a la ciudad en busca de un mejor futuro, a veces obligados por sus mismos padres. Tristemente en la ciudad se encontraban con una realidad que era muy distinta a la que se imaginaban, al final terminaban en una pobreza peor de aquella que vivían en el campo. Muchos jóvenes se dedicaban trabajaban en las fábricas poniendo en riesgo su salud y su moralidad; otros gastaban su triste salario en juegos y licor para tratar de distraer su mente de la dura realidad que vivían; otros se empleaban con artesanos para aprender un oficio, pero trabajaban casi gratis y recibían una serie de maltratos; por esto no eran pocos los que se dedicaban a la delincuencia para poder sobrevivir; las cárceles estaban repletas de jóvenes.

Cuando Don Bosco llegó a Turín se encontró con esta realidad. Su maestro de teología y de espiritualidad, San José Cafasso lo llevó a entrar en contacto directo con los jóvenes que se encontraban en las cárceles. La experiencia fue extrema, Don Bosco se desmayó, para él era inconcebible ver aquel grupo de muchachos llenos de vida, encerrados como animales, expuestos a degeneraciones morales, empeorando su situación en vez de mejorarla (la cárcel es escuela de delincuencia). Él mismo constató que muchos de los que salían, lo hacían con el propósito de cambiar de vida,

pero la situación les obligaba a recaer en la delincuencia y así nuevamente se encontraban en la cárcel.

Don Bosco sintió la necesidad de hacer algo. Ciertamente –como hacían muchos otros- hubiera sido más fácil quedarse en lamentos, buscar culpables, o simplemente hacer una oración esperando que Dios mande a “alguien” para que hiciese algo... Pero Don Bosco era un auténtico seguidor del Señor, en el contacto con la realidad de la juventud de Turín, se dio cuenta de que Dios le pedía que se ocupara de ellos. En otras palabras, el Señor le mostraba que el camino por el cual debía realizar su *seguimiento* era en medio de aquéllos jóvenes. Ayer, como hoy, no faltaron quienes se ocupasen de ellos por filantropía (amor a la humanidad, al género humano), por compromiso político o social; pero en el caso de Don Bosco las motivaciones eran más profundas. Él se ocupó de aquellos muchachos porque descubrió en ellos el rostro de Dios y al verlos en esa penosa situación, se conmovió en lo profundo de las entrañas y decidió ponerse a trabajar.

Entonces, para Don Bosco, es claro e ineludible, el trabajo realizado por la educación de la juventud tiene una motivación espiritual, por eso es evangelizador. No se trata sólo de promoción humana, sino que, incluyéndola, se eleva hasta convertirse en trabajo de *salvación* de la juventud. Es un trabajo que se realiza apuntando hacia un ideal celestial, hacia la vida divina, realizado en el día a día de la historia. El que se compromete con la salvación de la juventud alcanza su propia salvación. Este es nuestro modo de realizar el seguimiento de Jesús

Participar de esta tarea no es fruto de nuestra iniciativa, sino que es la respuesta que damos a la invitación que Dios nos hace. Es Él quien mucho antes que nosotros se interesa, preocupa y se conmueve por la situación en la que viven sus jóvenes hijos, por ello suscita gente que como Don Bosco se interese por ellos y se comprometan en su promoción humana, por medio de la educación y por su salvación. Esta invitación se ha extendido hasta nosotros, el Señor quiere hacernos partícipes, miembros activos de su plan de salvación para este sector de la humanidad. Por fe creemos que Dios mismo nos condujo hacia una obra salesiana, o nos hizo conocer a los salesianos, o su carisma; bien podemos sentirnos escogidos por él para realizar esta misión. Ahora bien, como todo lo que viene de Él es una invitación, nunca una obligación. Podemos trabajar en una obra salesiana sin

ser partícipes de la obra de salvación... depende de nosotros, es una decisión personal.

Seguir a Jesucristo tras las huellas de Don Bosco es una vocación que Dios nos hace, un llamado. Lo hace por pura iniciativa suya, no por algún mérito o virtud especial que tengamos, al fin y al cabo todo lo bueno que tenemos lo hemos recibido de Él. El llamado que Dios nos hace es para compartir la vida y la misión de Jesús bajo el estilo salesiano, bajo el estilo de Don Bosco. Esto requiere de nuestra parte: 1) Un esfuerzo por conocer el mundo de los jóvenes, para poder ser solidarios con la situación en la que viven; 2) Un esfuerzo personal y comunitario para formarnos en la tarea de ser sus educadores-pastores; 3) Aceptar el programa de crecimiento humano y espiritual que para nosotros es el Sistema Preventivo.

En un primer momento puede parecer demasiado, pero no olvidemos que cuando Dios inspira una obra buena, él mismo se compromete a llevarla a término. Si Él nos inspira esta tarea está presente su compromiso de ayudarnos. ¿Aceptas esta invitación?

LECTIO DIVINA – Mc 6, 30-34

En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado.

El les dijo: «Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco». Porque eran tantos los que iban y venían que no encontraban tiempo ni para comer.

Se fueron en barca a un sitio tranquilo y apartado. Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma.

TALLER # 4

EVANGELIZAR-EDUCANDO: FINALIDAD Y CONTENIDO DE NUESTRA MISIÓN EN EL SEGUIMIENTO DE JESÚS

Nos adentramos, ahora sí, a lo que es propiamente la espiritualidad salesiana. Como dejamos sentado en nuestro anterior encuentro, el modo que realizamos nuestro seguimiento de Jesús es mediante la Evangelización de la juventud, y realizamos ésta por medio de la educación. Al final, la meta principal de nuestra acción educativo-pastoral es la evangelización de la juventud. Ahora bien, si damos un vistazo por otras congregaciones religiosas, muchas se dedican a esta tarea; pero, cada una lo hace según un estilo particular. Nosotros lo hacemos según el estilo y la experiencia educativo-pastoral de Don Bosco, he allí lo que nos hace diferentes, nuestra carta de identidad dentro del horizonte de los otros carismas en la Iglesia Universal.

Evangelizar es la misión de Jesús mismo y de la Iglesia. Jesús fue el primer y más grande evangelizador de todos los tiempos, en él Mensaje y Mensajero se identifican. El principal mensaje de Jesús fue la Buena Nueva del Reino de Dios, que es Jesús mismo. Para la Iglesia, en cambio, el tesoro más grande y precioso que posee es Cristo, Palabra de Dios; por eso su misión es la de hacer que llegue a todos los confines del mundo, pues es Palabra de Vida y de salvación para todo el que cree. Evangelizar es anunciar y hacer presente el Reino de Dios en medio de nosotros, es la Utopía de Dios, la plena felicidad de todos. Por ello, el Reino de Dios, la Evangelización implica un cambio radical de todo aquello que niega o se opone al Proyecto de Dios.

En la tarea de Evangelizar existen unos destinatarios prioritarios, privilegiados, éstos son los pobres. En nuestro siglo existen varios tipos de pobreza: material, espiritual, moral, familiar, racial, emocional, educativa, etc. el mensaje de la Buena Nueva es para todos, pero para ellos en especial. Nuestra labor de educadores salesianos es llevar el Evangelio de la Vida, la Buena Nueva del Reino de Dios, a los jóvenes que se encuentran padeciendo alguna de esas pobrezas, pero de manera especial a los que se encuentran bajo el dominio de la pobreza material (económica), que generalmente trae consigo las otras pobrezas. La evangelización trae

consigo un mensaje de esperanza, pero trae también acciones, hechos, signos que muestran que ha llegado un nuevo tiempo, un tiempo bueno, para los que sufren.

La Evangelización, de acuerdo con nuestro carisma es, al mismo tiempo:

1) Servicio, pues nos pide que a imagen de Jesús, como evangelizadores nos pongamos al servicio de las necesidades de los demás, especialmente de los que más sufren. En nuestro caso, de los jóvenes que viven los distintos tipos de pobreza;

2) Comunión, pues la espiritualidad cristiana es netamente comunitaria, se vive, forma y desarrolla en la comunidad. La evangelización, por tanto apunta a formar y consolidar comunidades de fe viva, donde se practique la solidaridad, la reconciliación, la participación, el respeto por la diferencia y la inclusión;

3) Profecía, pues como hemos visto con anterioridad, en el mundo encontramos situaciones, e incluso estructuras, que no respetan la dignidad del ser humano, por el contrario lo oprimen, son generadoras de injusticia, de violencia y muerte. La evangelización incluye la lucha contra estas situaciones y estructuras, pues el mensaje de Vida no puede tolerar la cultura de la muerte. El evangelio, de este modo se convierte en signo de esperanza;

4) Celebración-Liturgia, nuestra fe nos lleva a celebrar, a agradecer a Dios por todo lo que hace por nosotros, a alabarlo por ser un Dios bueno y cercano. Realizamos esta celebración con nuestra vida cotidiana, pero encontramos espacios privilegiados para la misma. En las celebraciones litúrgicas, donde la Eucaristía es el culmen, nos unimos todos como comunidad de creyentes para dar gracias, alabar, bendecir, pedir perdón y suplicar la ayuda del Señor.

Como podemos ver, la evangelización incluye necesariamente la proclamación de la Palabra de Dios en los templos y en las catequesis, pero va mucho más allá, pues es también hacer presente el Reino de Dios en medio de nuestros días.

Nosotros los salesianos realizamos la evangelización por medio de la educación de la juventud, especialmente de la menos favorecida. De este modo, nuestro trabajo es servicio a la juventud, comunión de los hermanos,

profecía para la sociedad y celebración del don de Dios. Nuestro trabajo de evangelización de los jóvenes, al servicio del Reino de Dios, por medio de la educación, es el modo como realizamos nuestro seguimiento del Señor. La Religión, por tanto no es una añadidura, un complemento, o “un relleno” del currículum académico; sino un eje transversal, porque no se limita a la asignatura de religión, sino que atraviesa todas y cada una de las demás y en general de todo el sistema educativo.

Don Bosco entendía de este modo la evangelización, tal vez no con nuestros términos, pero en ideas concordaba plenamente. Cuando hablamos de evangelización no requerimos que los muchachos se sepan pasajes bíblicos de memoria (lo que sería estupendo), sino que pretendemos llevar la Buena Nueva del Reino a sus vidas. Por ello, para los salesianos, siguiendo el ejemplo de Don Bosco, la evangelización se concretiza ofreciendo a los jóvenes un proyecto de formación integral, que tiene a Cristo como paradigma y modelo, en éste proyecto se ofrece la posibilidad de que puedan desarrollar todas sus potencialidades y aspiraciones (académicas, psíquicas, religiosas, biológicas, sociales, lúdicas, etc.), de tal suerte que experimenten lo bello de una vida plena, vida para la cual fueron creados por Dios. Se educa para ser más y para servir mejor.

Como educadores y/o simpatizantes del carisma salesiano, nos esforzamos en hacer que la evangelización sea la meta última de nuestra acción educativa. Si es que falta este componente, corremos el riesgo de convertirnos en un centro educativo más –formal o informal, lo que sería una traición a nuestra identidad carismática. Por tanto, es responsabilidad nuestra hacer que la educación que ofrecemos sea ante todo una propuesta evangelizadora, anuncio del “Evangelio de la vida mediante la pedagogía de la bondad”. Dios nos envía a presentar la Buena Noticia del Evangelio a los jóvenes como un mensaje para su plena realización, como un mensaje de liberación de las ataduras de la muerte, del pecado, de la exclusión, de la injusticia. Es anuncio de Vida, de vida verdadera de vida en plenitud.

Don Bosco lo entendió de esta manera. **Evangelizar educando** fue la línea fundamental de su proyecto educativo. Todos los componentes de su Sistema Educativo seguían esta orientación. Por ello afirmamos con seguridad que de su corazón de evangelizador nació su proyecto y su estilo educativo.

Del mismo modo, en nuestro camino de seguimiento del Señor, nosotros estamos llamados a ser evangelizadores de los jóvenes por medio de la educación. Pero, para que nuestro mensaje sea escuchado debe ser proclamado no sólo con las palabras, sino con toda nuestra vida. Los primeros a los que debemos evangelizar somos nosotros mismos, es decir, que al mismo tiempo que nos esforzamos en presentar a los jóvenes el mensaje del Evangelio de la vida, nosotros mismos debemos hacer un trabajo de conocimiento, relación, aceptación y de experiencia vital con éste. Nuestro ser educadores-pastores de la juventud nos lleva a nosotros primero ser evangelizados, en las dimensiones que vimos anteriormente.

Algunos indicadores, entre muchos otros, de que hemos sido verdaderamente evangelizados es que 1) tenemos la necesidad de hacer a otros partícipes de esa experiencia; 2) hemos aprendido a ver el mundo desde otra perspectiva, desde la fe; 3) comprendemos que el Evangelio transforma la vida de cada personas y puede transformar la existencia de grupos y de toda la sociedad; 4) nos conmovemos ante las situaciones de dolor de los demás y nos sentimos interpelados a actuar; 5) queremos celebrar la experiencia que hemos tenido, principalmente mediante la acción de gracias de la comunidad que es la Eucaristía.

Evangelizando, te evangelizas. Enseñando, aprendes. Salvando, te salvas. En este servicio encontramos la verdadera vida.

LECTIO DIVINA – Lc 4, 16-22

Vino a Nazara, donde se había criado, entró, según su costumbre, en la sinagoga el día sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta

Isaías, desenrolló el volumen y halló el pasaje donde estaba escrito:

“El espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungió para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”

Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó pues a decirles: “Esta Escritura que acaban de escuchar se ha cumplido hoy”. Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca.

¿Compartes el plan de Jesús? ¿Por quiénes tenemos preferencia al momento de realizar alguna buena acción? ¿Qué nos dice hoy a nosotros: “El Espíritu del Señor está sobre mí”?

TALLER # 5

DON BOSCO: UNA ESPIRITUALIDAD DE LABORIOSIDAD COTIDIANA E INCANSABLE

Hemos comenzado estos nuestros encuentros haciendo una aclaración: sin bien la espiritualidad es relación íntima, personal y comunitaria, con Dios; ésta no nos aleja de nuestra vida cotidiana. Por el contrario nos impulsa a realizarla, aunque nos inspira un sentido distinto. En consecuencia, una espiritualidad que nos lleve a descuidar nuestros deberes, a incumplir nuestras obligaciones, a encerrarnos en nuestro mundo sin estar atento lo que ocurre a nuestro alrededor... es sospechosa, puede bien no ser auténticamente cristiana. Jesús nos invita a gozar de su presencia para luego ir a la misión, ir a realizar el trabajo de evangelización por medio de la educación.

Don Bosco realizó su labor evangelizadora de la juventud, por medio de la educación, gracias a la colaboración de un vasto grupo de personas, quienes le ayudaban desde su propia condición: unos como sacerdotes, otros como seminaristas, otros como profesores, otros como políticos, otras como madres, otros como maestros de taller, etc. Quien quiera que desee colaborar con la juventud, en la casa de Don Bosco siempre encontrará un lugar. Ahora bien, para que su servicio no fuera “una tarea más”, Don Bosco quiso brindarles una formación de modo que ellos fueran entendiendo que con su trabajo contribuían a la obra redentora (de salvación) de Dios comenzada por Cristo y continuada por la Iglesia. “*Educar a la juventud es la obra más divina que se puede hacer*”, solía decir.

Hablemos un poco sobre el trabajo, pues en Don Bosco reconocemos una laboriosidad incansable, al punto de que quien afirma que “murió consumido por el exceso de trabajo”, no exagera. En nuestro tiempo tener conciencia de que la vida de fe, la espiritualidad, se desarrolla en la vida diaria no es una gran novedad; pero no siempre fue así. En la época de Don Bosco, por ejemplo, todavía se entendía el hombre profundamente espiritual más que nada como aquél que vivía su relación con Dios desde el aislamiento, la soledad, la renuncia, el sacrificio... una vida así era admirada, pero difícilmente podría inspirar deseo de imitación. Don Bosco, junto con otros grandes seguidores del Señor, quiso presentar una alternativa para la vida espiritual.

Como hijo de una familia campesina pobre, él sabía muy bien que la vida tiene ya suficientes problemas, separaciones, dificultades, sufrimientos, angustias, etc. no había porque buscar otras. La espiritualidad debe ser un alivio a las cargas pesadas de la vida, no tiene que ser una carga más. Pero ahora nos podemos encontrar ante una aparente, sólo aparente, contradicción, pues Jesús nos dice: *“si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”* (Mc 8,34). Entonces ¿cómo es posible que la espiritualidad sea un alivio a nuestras cargas cotidianas si es que tiene como condición cargar una cruz?

La respuesta no es tan sencilla, podría dar para realizar toda una tesis de grado en teología. Nosotros intentaremos dar sólo algunas pistas para una posible solución. Ciertamente, por un lado, Jesús nos invita a cargar la cruz, pero esa es “nuestra cruz”, no nos dice que busquemos otras, cada uno ya tiene la suya. Y aunque pueda sonar un poco pesimista, en realidad no lo es, cada uno de nosotros es en cierto sentido su propia cruz, pues casi por instinto tendemos a dar culto al ego (al “yo”) mediante el orgullo, la vanidad, la vanagloria, el anhelo de superioridad... que en menor o mayor grado se encuentra presente en nosotros, somos humanos.

Pues bien, Jesús nos invita a negarnos a nosotros mismos (dejar de dar culto al ego) y cargar la cruz que trae esa negación, todos lo sabemos, no es fácil. Pero realizándola nos libreamos de una carga innecesaria, la cruz de Cristo es acontecimiento de salvación, Jesús viene a liberarnos de nuestras esclavitudes. Por otro lado, emprender el camino de seguimiento es también una cruz, no es tan cómodo, incluso es peligroso. Tenemos el ejemplo de nuestro maestro, ser fiel a su causa le costó la vida.

Ahora bien, el trabajo por la evangelización de la juventud no siempre es sencillo. Cualquiera que lo haya realizado ya alguna vez es consciente de que esta tarea trae grandes satisfacciones, pero trae también una serie de incomprendiones y dificultades, incluso frustraciones. Pues bien, como educadores, aquí está nuestra cruz, no hay necesidad de buscar otras. Don Bosco decía a sus salesianos: “no les recomiendo penitencias ni mortificaciones, pues serán dignos de mérito y gloria de la congregación, si se soportan unos en las penas y disgustos de la vida con cristiana resignación”, “cada día trae su propio afán”. Entonces, si alguna vez queremos ofrecer algún sacrificio al Señor, ofrezcámosle nuestro trabajo realizado con amor y con alegría.

Pero atentos, para nosotros cristianos, y cuánto más siendo partícipes del carisma salesiano, el trabajo no es en modo alguno “penitencia”, peor aún “castigo”. Para nosotros el trabajo es una bendición. Con nuestro trabajo participamos de la obra creadora de Dios, nos hacemos sus colaboradores, por eso Don Bosco decía: “convénzanse de que el hombre ha nacido para el trabajo, y cuando se excusa de él, está fuera de su centro y corre el riesgo de ofender a Dios”. Con el trabajo podemos hacer experiencia de Dios. Cuando Don Bosco veía a sus salesianos empleados en distintas ocupaciones casi sin tiempo para hacer nada, se sentía contento; por el contrario cuando los veía ociosos sentía un escalofrío. “Trabajo y templanza harán florecer la congregación” decía.

Ahora bien, nuestro trabajo no es sólo una actividad febril, somos cristianos trabajadores, nuestro trabajo tiene un sentido espiritual. Ya hemos dicho que por medio de éste colaboramos con la obra creadora de Dios, pero más aún por medio de éste Dios continúa realizando su obra de salvación. Nuestro trabajo de evangelización de la juventud, por medio de la educación, es obra de salvación para nuestros jóvenes y también para nosotros. El Reino de Dios llegará a hacerse presente en medio de nosotros, llegará a realizarse en nuestra vida, en la medida en la que nosotros cooperemos en su realización mediante nuestro trabajo. Por esto lo realizamos con alegría, con entusiasmo, con fe, con esperanza, con amor. La conciencia de saber que nuestro trabajo no es libre iniciativa nuestra, sino respuesta a la invitación que Dios nos hace, le da un nuevo sentido ¿no es verdad?

¿Qué clase de trabajo debemos, entonces, realizar? El que nos corresponde. Una de las “claves de santidad” de la vida de Domingo Savio fue precisamente: “no hacer cosas extraordinarias, sino hacer lo ordinario de un modo extraordinario”. Cumpliendo con exactitud los deberes que nos son propios por la responsabilidad que tenemos, dando a nuestro trabajo el sentido de oración, ya habremos hecho mucho. El paso hacia la perfección será el hacer a otros partícipes de nuestro estilo de seguimiento del Señor.

Así realizado, nuestro trabajo se vuelve oración. Es bastante conocido el episodio en el cual se narra una de las objeciones presentadas para que Don Bosco sea declarado santo. La parte contraria, a la que se conoce como “el abogado del diablo”, dijo: “Si Don Bosco se encontraba trabajando todo el tiempo ¿Cuándo rezaba?” El argumento era aparentemente devastador, no se podía declarar santo a alguien que no tuviera una fuerte vida de oración.

La respuesta vino de la boca del mismo Papa Pío XI: “¡Y cuándo no rezaba!”, el Papa conoció a Don Bosco siendo un joven sacerdote que pasaba por Turín y fue invitado al Oratorio, allí tuvo ocasión de comprender que Don Bosco había llegado a obtener un grado tan alto de espiritualidad que todo lo que hacía se convertía en oración.

Si bien nuestra vida espiritual debe ser constantemente alimentada por la participación sacramental (Eucaristía y Reconciliación), por las devociones, por las oraciones mentales, etc. La otra fuente de la que debe beber es la de nuestro trabajo y de nuestra vida hecha oración. A cada minuto, Dios nos va mostrando su presencia y cercanía como una invitación a entrar en relación con él. En nuestro caso, como educadores salesianos, en el rostro de los jóvenes, especialmente de los menos favorecidos, reconocemos el rostro de Dios.

LECTIO DIVINA – Lc 4, 38-43

Cuando Jesús salió de la sinagoga, se fue a casa de Simón, cuya suegra estaba enferma con una fiebre muy alta. Le pidieron a Jesús que la ayudara, así que se inclinó sobre ella y reprendió a la fiebre, la cual se le quitó. Ella se levantó en seguida y se puso a servirles.

Al ponerse el sol, la gente le llevó a Jesús todos los que padecían de diversas enfermedades; él puso las manos sobre cada uno de ellos y los sanó. Además, de muchas personas salían demonios que gritaban: «¡Tú eres el Hijo de Dios!» Pero él los reprendía y no los dejaba hablar porque sabían que él era el Cristo.

Cuando amaneció, Jesús salió y se fue a un lugar solitario. La gente andaba buscándolo, y cuando llegaron adonde él estaba, procuraban detenerlo para que no se fuera. Pero él les dijo: «Es preciso que anuncie también a los demás pueblos las buenas nuevas del reino de Dios, porque para esto fui enviado.»

¿En qué sentido mi trabajo es liberador? ¿Cómo puedo hacer par que mi trabajo se convierta oración? ¿En qué afecta mi trabajo a la instauración del Reino de Dios?

TALLER # 6

DON BOSCO: UNA ESPIRITUALIDAD DE LA ALEGRÍA

Uno de los factores que hace que la espiritualidad sea vista con recelo es que ésta suele ser presentada en un horizonte sólo de sacrificio y mortificación, lo que de una u otra manera podría degenerar en tristeza. Es difícil que alguien quiera inscribirse en un programa de este tipo. Pero la espiritualidad cristiana auténtica no incluye la tristeza, por el contrario la combate, pues parte del principio de que todos, cada uno de nosotros sin ningún tipo de distinción, somos hijos amados de Dios y como nuestro Padre, Él quiere vernos alegres. Lógicamente, quiere para nosotros una alegría auténtica, que es algo más grande que una pasajera felicidad la sobrepasa. “La alegría es la sensación que surge cuando uno ha logrado hacer crecer la humanidad en sí mismo y en el prójimo, al tiempo que serena a la persona, ahonda, aún más, su deseo de convertirse en un hombre o una mujer libres”.

Sentimos felicidad por cuestiones superficiales (un gol, una broma, una película graciosa, etc.) y está bien que la sintamos, ya que éstas animan nuestra vida, nos motivan. Dios quiere hacernos una propuesta más amplia, una propuesta de alegría, ésta se ve generalmente como una consecuencia de una actitud interior, la de saberse querido y cuidado por Dios. Por eso, la alegría se construye, en cambio, la felicidad llega. Ahora bien, la alegría no excluye los placeres que la vida nos ofrece, no es una cuestión meramente en el aire, sino que se manifiesta en todas las dimensiones de la persona; pero bien sabemos que no todos los placeres son buenos, pues hay algunos que nos dan una felicidad inmediata, pero a la larga producen tristeza y frustración, en nuestros días ejemplos sobran...

Por eso, bien podremos entender la alegría como un programa que estamos invitados a vivir, es algo así como una aventura, incluye riesgos, pero vale la pena correrlos. La alegría, entonces, no es sólo la meta –la recompensa– que se obtiene después de un arduo camino, sino que es también el medio para conseguirla. Alcanzamos la alegría siendo alegres.

Tratemos de expresar esto con un ejemplo. Cuando planeamos realizar un viaje con unos amigos, la alegría se encuentra no sólo en el momento del

viaje, sino antes y después: cuando nos reunimos para planear, cuando vamos a hacer las compras, cuando mirando hacia atrás recordamos las aventuras, incluso los momentos menos gratos nos pueden arrancar una sonrisa. La alegría está presente desde el principio, hasta el punto que incluso motiva la decisión de asumir los riesgos y sostiene en los momentos difíciles del recorrido.

De un modo muy parecido, ***los salesianos educamos a la alegría por medio de la alegría***. Nos damos cuenta que estamos cumpliendo la meta cuando en los jóvenes reconocemos signos de verdadera libertad, signos de un desarrollo auténtico; que para nosotros es sólo posible gracias a una relación íntima y profunda con Dios. Pero para lograrlo no nos pasamos la vida proponiendo jornadas de oración o Eucaristías, éstas no deben faltar, pero nuestra propuesta pretende ser ante todo escuela de encontrar a Dios en lo cotidiano de nuestra existencia. Y si tradicionalmente se ha pretendido ver a Dios en los momentos de dificultad, la pedagogía salesiana recuerda que Él se hace presente del mismo modo, e incluso con más fuerza, en los momentos agradables de la vida: el juego, el teatro, el deporte, la música, etc. Don Bosco conoce bien lo que le gusta al muchacho y no le pide que sea otra cosa, quiere que sea un muchacho. “Toda alegría vivida es como el germen de una vida futura, germen que el educador enseñará a desarrollar”.

Esta alegría, esta disposición interior y confianza en el Señor, es para nosotros muy evangélica, porque es parte de la Buena Noticia que nos ha comunicado Jesús. Don Bosco lo vivió de esta manera. Los que le conocían, cuando le veían más alegre que de costumbre solían decir: “¡Pobre Don Bosco! ¡Qué problema tendrá, ya que hoy se le ve más feliz que otros días!”.

Su alegría le venía de una visión cristiana de la vida. Ciertamente él no hubiera llegado a este punto si es que no hubiera tenido muy claro que el Señor, el Dios de Jesucristo, nunca lo abandonaría, San Pablo nos recuerda: “No se inquieten por cosa alguna” (Flp 4,6), pues “sabemos que Dios interviene en todas las cosas para bien de los que le aman” (Rom 8,28). ¿Qué hay que hacer para obtener esta preferencia de Dios? ¡Nada! Dios nos la quiere dar y nos la da gratuitamente, pero está en nuestras manos reconocerla y aceptarla. “La alegría es un don gratuito de Dios que invade al hombre para hacerle más libre y permitirle que encuentre su verdadero ser”.

De este modo la pedagogía salesiana, es también *pedagogía de la alegría*. Educamos en la alegría por medio de la alegría mediante una propuesta de

crecimiento integral de la persona, con un estilo que parte de lo que a ellos más les gusta, con una finalidad concreta: formar santos. El tema de la santidad es uno de los preferidos de Don Bosco, siendo tan audaz no dudo en proponer esta meta a sus jóvenes, los cuales evidentemente no eran ningunos mojigatos. A muchachos salidos de las cárceles, huérfanos, pequeños obreros, migrantes... Don Bosco les hacía un reto: “¡Hazte santo!”. ¿Por qué nadie se le reía? Porque se sabía que la propuesta de santidad de Don Bosco era una aventura posible, incluso divertida. ¿Qué joven resiste un reto en el que se le asegura no solamente que se divertirá, sino que saldrá ampliamente beneficiado?

“Nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres” fue una de las frases que se mencionan de Domingo Savio, y es bueno tener la frase completa: “Nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres... y en el exacto cumplimiento de nuestros deberes”. ¡De allí viene la verdadera alegría! De saber que se está siendo lo que se tiene que ser, de saber que con nuestra alegría ponemos alegre el ambiente, a la comunidad, a Dios. Por eso nuestra espiritualidad y pedagogía de la alegría, está muy lejos de confundirse con prácticas vacías... en una palabra *con payasadas*. Nuestra propuesta de educar en la alegría por medio de la alegría, parte de lo más profundo de la persona al tiempo que ofrece un proyecto de vida integral.

De allí que en la tradición salesiana haya una relación directa e inconfundible entre alegría y deber cumplido. Don Bosco, desde su profunda experiencia de conocimiento de la juventud, se encontraba tranquilo cuando veía a sus muchachos en el Oratorio saltando, jugando, gritando... pero por el contrario, cuando encontraba a algún muchacho presa de la soledad, se preocupaba por él. Y es que la alegría es la característica principal de quien se encuentra en paz consigo mismo, con los demás y con Dios. De San Felipe Neri, Don Bosco aprendió y repitió con insistencia la frase: “Corren, salten, jueguen... pero ¡no pequen!”. Cuando falta la alegría en un muchacho, algo no va bien, es necesaria –urgente- la intervención del educador.

A este respecto es importante recordar que nuestra fe en el Dios de la Alegría, el Dios de Jesucristo, nos lleva a recordar su infinita misericordia. A Él no le importa el pecado, sino el pecador. Por ello está siempre dispuesto a perdonar, a devolver la alegría. No hay mayor felicidad para un padre que la de ver felices a sus hijos, Dios es así con nosotros. ¿No es hermosa nuestra fe?

Para los educadores salesianos, entonces, se presenta una aventura desafiante y al mismo tiempo gratificante. Jesús en su Evangelio nos dice “ustedes son la sal y luz del mundo” (Cfr. Mt 13, 15-16), desde lo que hemos venido diciendo en este nuestro encuentro podemos entonces afirmar que, nosotros somos la alegría en un mundo de tristeza, somos la esperanza en un mundo desanimado; somos sal, damos sabor, gusto, deleite... ¡esa es nuestra alegría! ¡Qué maravillas no podemos lograr si es que somos portadores y mensajeros de un mensaje de alegría plena para todos!

Para ser misionero se requiere antes haber sido discípulo, para enseñar el camino de la alegría de Dios debemos antes llenarnos de esta alegría. Dios quiere liberarnos de nuestras esclavitudes y así darnos la alegría de la libertad de los hijos de Dios. Vale la pena intentarlo.

Termino la reflexión de este nuestro encuentro con las magníficas palabras de X. Thevenot (de quien he tomado muchas de las ideas de este encuentro): “¡La alegría es la expresión de la certeza de que la grandeza del hombre reside en la acogida, a veces combativa, del Viviente que es Camino y Verdad!”

LECTIO DIVINA – Lc 10, 17-20

Regresaron los setenta y dos, y dijeron alegres: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les dijo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Miren, les he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo y nada les podrá hacer daño; pero no se alegren de que los espíritus se les sometan, sino alégrese de que sus nombres están escritos en los cielos”.

**¿Cuál es el motivo de nuestra auténtica alegría? ¿Qué debo purificar – qué demonio debo someter- para gozar de la auténtica alegría?
¿Compartimos el gozo, la alegría de Jesús? ¿Cómo ilumina este pasaje mi rol de educador salesiano?**

TALLER # 7

DON BOSCO, UNA ESPIRITUALIDAD DEL ENCUENTRO

Generalmente se entiende la espiritualidad exclusivamente dentro del ámbito de la individualidad. Efectivamente, la vida espiritual se orienta hacia la relación entre un yo (con minúscula) y un Tú (con mayúscula), pero ésta no excluye a los demás, “ellos y ellas”, todos formamos un “nosotros”. Por tanto *en los demás* también nos encontramos con Jesús, de modo alguno son obstáculos, sino medio que favorece el *encuentro* con Dios.

Cuando decimos “**encuentro**” nos referimos a una experiencia particular que se realiza por lo menos entre dos. Para que un verdadero *encuentro* tenga lugar, se requiere una predisposición interior, es posible saludar a alguien sin encontrarnos con esa persona. Un *encuentro* se realiza cuando entramos en la dinámica de mutua interacción, cuando la persona del otro genera algo en mí y cuando yo genero algo en el otro, por eso existe también la posibilidad de encuentros negativos, poco gratos. Cuando se proponen actividades pastorales generalmente se dice que se realizara, por ejemplo, un “encuentro de jóvenes”, con ello se quiere expresar que no se realizará una reunión más... sino una actividad en la que se espera se genere un cambio (nosotros estamos llamando a estos nuestros talleres “encuentros” por esta misma razón). Generalmente los que entran en la dinámica de *seguimiento* de Jesús es porque tuvieron la experiencia del *encuentro*. *Seguimiento* y *encuentro* van generalmente unidos.

En alguna ocasión dijimos que las cuestiones espirituales son muy simpáticas por ser especiales, responden a la lógica de Dios que no siempre coincide con la lógica humana. De este modo, puede ser que alguien busque desesperadamente el encuentro con Dios, pero éste prefiera, digamos, “dejarlo para más adelante”. También existe la posibilidad de que alguien no tenga la más mínima intención del *encuentro*, pero Dios se le hace presente de un modo tan claro que es prácticamente imposible negarse. Generalmente Jesús sale a nuestro encuentro, se hace el encontradizo, ciertamente no del modo que nosotros a veces esperamos (sueños prodigiosos, milagros portentosos, favores especiales...). Es más, con su

silencio Dios nos grita, pero nos cuesta escuchar. Hay algún teólogo que afirma que Él nunca calla, pero nosotros no sabemos escuchar.

Las consecuencias del *encuentro* son radicales. Quien se encuentra con Jesús no vuelve a ser el mismo, puede ocurrir que no se decida a seguirlo, pero en su corazón siempre se encontrará este anhelo. No en vano decía San Agustín: “Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en ti”. Por eso es que el Señor se hace el enconradizo, quiere el encuentro porque sabe que esto es lo mejor para nosotros.

Pero existe también el desencuentro, que es un intento frustrado de encuentro o ruptura del mismo. Si las consecuencias del encuentro son positivas, las del desencuentro son negativas. Y dentro de esta dinámica, las consecuencias de un desencuentro se curan con las de un encuentro, pues éste busca hacer crecer desde la libertad, el respeto, la confianza, la amabilidad.

Lo que acabamos de decir se vio claramente reflejado en la experiencia educativo-pastoral de Don Bosco. A su Oratorio llegaban muchachos de toda clase, entre ellos el grupo mayoritario era el de aquéllos que habían sufrido alguna suerte de desencuentro. Unos huérfanos, otros muchachos de la calle, otros simplemente abandonados y presas de los peligros más tristes que nos podríamos imaginar; estos muchachos por su historia personal estaban muy lejos de ser propuestos como modelos (a veces tenemos esa idea de los chicos de Don Bosco, creemos que un Ave María dicho por su boca cambiaba por arte de magia todos su problemas... ¡Don Bosco era un santo, no un mago!). A ellos él les ofrecía una nueva posibilidad, la de un verdadero encuentro sanador.

Antes que patios, capillas, clases y dormitorios; Don Bosco les ofrecía una familia, un hogar, en la que Dios era el Padre y él se encargaba de reflejar ese amor paterno hacia ellos. A diferencia de otros lugares en los que ellos habían estado antes, en la casa de Don Bosco eran verdaderamente tomados en cuenta, eran respetados y más aún eran queridos. Años más tarde recordarán estos jóvenes que cuando querían hablar con Don Bosco él dejaba todo lo que estaba haciendo para escucharlos (¡Y era superior de una congregación religiosa! ¡Tenía cientos de cosas importantes que atender!). En el Oratorio realmente eran tomados y en cuenta y valorados. Allí se curaban los desencuentros, mediante un auténtico encuentro.

Pero el solo contacto personal no garantiza el encuentro. Don Bosco lo intuyó magníficamente, no basta que el educador esté en medio de los jóvenes, eso lo puede hacer también un guardia de seguridad, sino que esté como un auténtico amigo. La presencia del asistente es fraterna, no es opresiva, sino que es reflejo de la presencia de Dios. Evidentemente es una presencia educativa, se trata de estar en medio de ellos, no ser uno más de ellos, por eso la asistencia salesiana no excluye la corrección (¡la sobre entiende!), pero el plus está en el modo. En su famosísima “Carta de Roma” se dice a Don Bosco: “el mejor plato en una comida es la buena cara”. ¡Perfecto! Esa es una pintoresca definición del estilo educativo salesiano, cuyas características bien pueden ser: la amabilidad, la alegría, el optimismo, la simpatía... todas éstas no son fingidas, sino el reflejo de lo que anida en lo más profundo de nuestro corazón.

El P. Peresson, salesiano de Colombia, cuando habla del ambiente educativo salesiano, lo propone como “ecosistema”. Una definición muy acertada pues en éste, además de brindar una alternativa al estilo de vida de la globalización a-simétrica y excluyente, se ofrece un ambiente de desintoxicación mediante “una atmósfera saludable en la que se respiran y viven intensamente valores humanos y cristianos que oxigenan y revitalizan el cuerpo y el espíritu... donde se desintoxican de cuanto puede atentar contra su salud corporal, psíquica y espiritual”. En él todo educa, todo evangeliza, todo conduce al *encuentro* con uno mismo, con los demás y con Dios.

Los jóvenes que se benefician de este ecosistema educativo, se convierten en esperanza para la Iglesia y para la sociedad. Quien ha vivido en la pureza de un ambiente, cuando sale a uno contaminado no puede sino anhelar que éste se purifique; y si tiene un espíritu optimista se compromete e involucra a otros en esta tarea. Como hemos dicho repetidamente en estos nuestros temas, el mensaje del Evangelio es buena noticia para todos, es anuncio de que una nueva era ha comenzado, es presencia incontestable de Dios en medio de su pueblo. Por tanto es cambio *real*. Es mensaje de esperanza pero es también esfuerzo por hacer que esa esperanza llegue a ser concreta. Hoy nos quejamos mucho de la situación social, económica, política, ecológica, ambiental... en la que nos encontramos; pero como educadores salesianos ¿Hemos hecho lo suficiente? ¿Hemos alimentado a profesionales brillantes, nuevos consumidores potenciales de nuestros recursos...? O por el contrario ¿Hemos ayuda a generar mentes críticas,

cristianos auténticos, capaces de hacer que por medio de su trabajo el mundo sea el lugar del Reino de Dios?

La propuesta salesiana es propuesta de encuentro. Estructuralmente este encuentro pasa por el plano corporal, pero incluye el emotivo, psicológico, social y se eleva hasta el plano religioso; pues su meta última es la de llegar a un encuentro perfecto con el Señor, ahora bien éste comienza en nuestra realidad cotidiana aquí y ahora. Al terminar la reflexión quisiera llamar la atención sobre la necesidad de hacer que el encuentro ordinario que tenemos con los jóvenes en el aula, se convierta en encuentro transformador, que nuestra presencia sea sanadora y propositiva.

Estamos invitados a alimentarnos de Dios, a esforzarnos para llegar al *encuentro* con Él para que así propongamos a los jóvenes no una lección, sino un testimonio, algo que hemos vivido en carne propia, no lo que nos han contado: “Lo que hemos visto y oído, eso les anunciamos, para que en verdad ustedes también tengan comunión con nosotros” (1 Jn 1,3), nos dice San Juan ¿podemos nosotros decir lo mismo?...

LECTIO DIVINA – Jn 4, 1-13

Llegó Jesús a un pueblo samaritano llamado Sicar, Allí estaba el pozo de Jacob.

Jesús, fatigado del camino, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía. Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida.

En eso llegó a sacar agua una mujer de Samaria, y Jesús le dijo: “Dame un poco de agua”. Pero como los judíos no tratan con los samaritanos, la mujer le respondió: “¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si tú eres judío y yo soy samaritana? Jesús le contestó: “Si supieras lo que Dios puede dar, y conocieras al que te está pidiendo agua, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua que da vida”. Le contestó la Samaritana: “Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua, y el pozo es muy hondo; ¿de dónde, pues, vas a sacar esa agua que da vida? ¿Acaso eres tú superior a nuestro padre Jacob, que nos dejó este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado? Le respondió Jesús: “Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna”.

TALLER # 8

DON BOSCO, UNA ESPIRITUALIDAD SACRAMENTAL

Al Oratorio de Don Bosco llegaban toda clase de invitados. Muchos venían a conocer al santo, otros iban a aprender de su método educativo, otros simplemente querían comprobar con sus propios ojos el milagro educativo que se lograba con aquéllos muchachos. Uno de éstos, al término de su visita no podía quitar la cara de asombro, pues nunca había visto un orden semejante sin tener que recurrir a gritos o amenazas, entonces sorprendido preguntó a Don Bosco *el secreto*, éste simplemente le contestó: “comunión y confesión”. El personaje captó inmediatamente la intuición educativa y exclamó: ¡Ya entiendo! ¡O religión, o palo!”.

Pero con esa frase (O religión, o palo), debemos tener mucho cuidado, se han hecho lecturas erróneas sobre ella. Nosotros, educadores salesianos, no nos valemos de la religión para obtener disciplina, es muy odioso ver que cuando hay un grupo de jóvenes que no quieren hacer silencio, se comienza una oración *para que se callen...* Es peor aún y se hace mucho daño, cuando usamos la religión, e incluso a Dios mismo, para obtener algunos beneficios, meter miedo a un castigo divino por un mal comportamiento en la capilla, o echar la culpa de alguna desgracia a la falta de asistencia a la Eucaristía, incluso manipulamos la idea de Dios cuando ofrecemos recompensas por hacer oración, o por “practicar” los sacramentos...

El elemento religioso atraviesa estructuralmente el sistema educativo salesiano, el “ecosistema” como vimos anteriormente. Su finalidad es lograr el crecimiento humano en modo integral (personal, social), de tal modo que se pueda lograr una personalidad profunda, crítica y comprometida. La disciplina, la coherencia de vida, el respeto por las cosas de Dios, etc. *son consecuencias* de una verdadera experiencia religiosa. En el fondo, entonces, lo más importante es lograr el *encuentro* con Jesús, de lo que deriva el *seguimiento* como meta última. Puede ser que al final terminemos exigiendo lo mismo, pero la intencionalidad de la exigencia cambia rotundamente el sentido.

Para nuestra fe como cristianos católicos, la experiencia religiosa se ve ampliamente favorecida por la práctica sacramental. Los sacramentos, para

nosotros no son “ritos mágicos” que nos traen bendiciones divinas, sino acciones simbólicas por medio de las cuales logramos una auténtica experiencia de fe. Dios es completamente distinto de nosotros, pero quiere hacerse cercano, por eso nos regala los sacramentos, por medio de los cuales “vemos, tocamos y sentimos” su presencia. De allí que la comunidad de creyentes, la Iglesia, les dé tanta importancia. Para algunos estos gestos son vacíos... y es que evidentemente la fe es condición necesaria para captar su sentido verdadero.

Para Don Bosco la vida sacramental, tanto de los jóvenes, de los educadores, como de sus salesianos; era supremamente importante. En absolutamente todas sus casas se practican. Y es más, toda casa salesiana tiene siempre una especie de “ambiente sacramental”. En éste, la Eucaristía y la Penitencia bien pueden ser vistas como las “dos alas para volar al cielo”.

En su escrito sobre el Sistema Preventivo él mismo escribe: “La comunión y la confesión frecuentes y la Misa diaria son las columnas que deben sostener el edificio educativo del cual se quieren tener alejados la amenaza y el palo. No se ha de obligar jamás a los alumnos a frecuentar los santos sacramentos; pero sí se les debe animar y darles comodidad para aprovecharse de ellos”. Podríamos realizar nuestra labor educativa sin referencia a estos, pero estaríamos traicionando la auténtica tradición salesiana.

Don Bosco era muy consciente de que la práctica asidua de los sacramentos, vividos desde el horizonte del seguimiento y no de modo rutinario, era garantía de una buena educación. En la biografía de Domingo Savio escribe: “Denme un joven que se acerque con frecuencia a estos sacramentos y lo verán crecer en su juventud, llegar a la edad madura y alcanzar; si Dios quiere, la más avanzada ancianidad con una conducta que servirá de ejemplo a quienes le conozcan. Persuádanse los jóvenes de esto para ponerlo en práctica; compréndanlo cuantos trabajan en la educación de la juventud para que la puedan aconsejar”. Por su parte, el P. Braido dice: “Los sacramentos y la oración no son sólo “medios” de adquisición de gracia, sino instrumentos de crecimiento humano, de robustecimiento de las virtudes morales y de promoción de alegría interior y exterior”.

En la época de Don Bosco la **comunión frecuente** no era aconsejada por todos, esto por el concepto de gracia que se manejaba (casi angelical) y por el modo cómo se entendía el respeto a la presencia de Cristo en la

Eucaristía. Don Bosco pertenece a una especie de “movimiento alternativo”, pues su pedagogía aconseja la comunión frecuente. Ahora bien, en él difícilmente encontraremos una “revolución teológica” sobre el modo de entender éstos sacramentos, pero su gran aporte fue el de motivar a sus muchachos para que participasen con asiduidad de la Mesa del Señor, lo que algunos no comprendieron bien.

La Eucaristía es para nosotros participación del banquete del Señor. De un modo parecido a las comidas que nosotros tenemos cotidianamente, cuando participamos de la Eucaristía, somos invitados a ser íntimamente cercanos al Señor. En su mesa existe una única cabecera, ocupada por Él, por ser el más grande servidor; luego todos los demás, sin ninguna distinción somos iguales. Esto fue una auténtica experiencia de sanación para los jóvenes de Don Bosco, pues les enseñó que para participar de la mesa del Señor no necesitan sino buena disposición, no era necesaria ni una vestimenta elegante, ni saberse oraciones largas, ni haber hecho largas y pesadas penitencias, peor aún conocer latín... todos estaban invitados a participar de la alegre mesa del Señor, Jesús nos invita a su mesa así como somos.

Del mismo modo, el **sacramento de la Penitencia (Confesión)** era uno de los más queridos por Don Bosco. Como educador realista, sabía muy bien que el camino de seguimiento no es rectilíneo, tiene altibajos, No es extraño que en sus sueños llamara constantemente a una “conversión” de los que no se encontraban en estado de gracia. No dudaba en hablar del infierno, del pecado, de Satanás... pero presentaba siempre el antídoto, la Reconciliación, pues el Dios que presentaba era lleno de misericordia. Pero también con este sacramento, Don Bosco no era laxo, su espiritualidad no era nada “light”, para él la penitencia no era una “ducha” donde uno puede ir a lavar los pecados, aunque no tenga deseo de cambiar de vida... por el contrario, él *exigía* de sus jóvenes penitentes una auténtica disposición de conversión, por ello exigía que se acercasen a recibir este sacramento con plena conciencia de su importancia. Alberto Caviglia, salesiano, quien tuvo la gracia de vivir unos años con el santo, recordaba que con Don Bosco uno no podía confesarse indicando en la confesión que no había cambios en las situaciones que lo alejaban de Dios, sin que éste le dijera: “¿Tu haces propósito o no?”.

Hoy en día para nosotros la práctica sacramental requiere un poco más de esfuerzo, ya sea por la escasez de sacerdotes, o ya sea porque no pocos las ridiculizan...; sin embargo, los tiempos para vivir un cristianismo auténtico

nunca fueron fáciles. Y aunque hoy en día se requiera de un esfuerzo mayor de creatividad por parte del educador, su realización es posible. Dentro del ecosistema educativo salesiano, su práctica es indispensable, aunque sea poco frecuente.

Ahora bien un peligro que debe evitarse es el de realizarla o hacerla realizar por obligación. Cuando las cosas de Dios se hacen por obligación, se puede obtener el resultado opuesto al que se busca. Más en un ambiente educativo salesiano, en el que se pretende posibilitar el encuentro del joven con Cristo, coartar la libertad de los muchachos a elegir el momento y el modo de acercarse a los sacramentos, puede dar lugar incluso a resentimientos poco fructíferos, cuando no dañinos.

El trabajo de ser educadores de la juventud no es fácil, bien lo sabemos todos. Por ello los sacramentos son también para nosotros una bellísima oportunidad para recibir de Dios la fortaleza necesaria, para recibir su gracia sanadora en los momentos de debilidad; pero más aún para comprender que nuestro servicio educativo es participación en la obra de salvación de Dios.

LECTIO DIVINA – Jn 4, 1-13

Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo.» Y decían: «¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?» Jesús les respondió: «No murmuren entre ustedes. Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae; y yo le resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: Serán todos enseñados por Dios. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad les digo: el que cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Sus padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.»

¿Estoy dispuesto a aceptar la vida que Jesús me ofrece? ¿Acepto hacer de mi vida Eucaristía por medio de la Eucaristía? ¿Cómo?

TALLER # 9**DON BOSCO,
UNA ESPIRITUALIDAD POPULAR**

Uno de los errores más lamentables al momento de hablar de la vida espiritual es la de creer que ésta está reservada sólo para un grupo selecto de personas, tal vez aquél que tenga el tiempo suficiente, o los medios económicos necesarios para adquirir “los medios” del crecimiento espiritual; esta idea no es sólo falsa sino también detestable. Pero aún, es condenable la afirmación que dice que los pobres lo son tal porque son malos, flojos o pecadores. Nociones como esas tal vez podrían tener lugar en algunas otras espiritualidades, pero jamás en la cristiana.

Con seguridad la época en la que se vivió con mayor intensidad el mensaje cristiano fue la de los primeros años de su desarrollo, el tiempo inmediatamente posterior a la vida terrena de Jesús. La primitiva comunidad cristiana es todavía para nosotros modelo indiscutible de seguimiento del Señor. Si bien en su momento el cristianismo llegó a ser la religión oficial del majestuoso imperio romano, y posteriormente de la mayor parte de los pueblos de América Latina, nació como un pequeño grupo considerado sectario de la religión judía. Sus primeros adeptos no eran bien vistos, pues entre sus filas se encontraban principalmente los que eran excluidos de las prácticas religiosas judías: enfermos, publicanos, comerciantes, mujeres, etc. No extraña, por tanto, que San Pablo escribiera en ese tiempo: “Dios ha escogido lo necio del mundo, para avergonzar a los sabios; y Dios ha escogido a lo débil del mundo, para avergonzar lo que es fuerte” (1 Cor 1,27).

Ya en su vida terrena, a diferencia de los fariseos y de otros representantes de la religión judía, que tenían una especie de manía por la pureza ritual, Jesús no tenía miedo de entrar en contacto con los que eran considerados impuros, como los leprosos, los cobradores de impuestos, mujeres y prostitutas. Esto no era bien visto y Jesús lo sabía, pero su mensaje está por encima de la opinión de cualquier hombre. Con esta cercanía, incluso a los pecadores, Jesús quiso mostrar que su mensaje, la llegada del Reino de Dios, es para todos sin excepción, más aún es para los que viven alejados de Dios, pues bien lo dijo: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos” (Lc 5,31).

Conforme fue pasando el tiempo, factura inevitable del crecimiento demográfico y de la expansión territorial, el mensaje cristiano se vio amenazado por doctrinas que pretendían reservar su influencia a un reducido de personas “dignas”. Hoy en día, la Iglesia universal ha llamado la atención sobre este peligro que no es sino una traición al mensaje original de Jesús.

Particularmente en América Latina, los obispos reunidos en las Conferencias Generales, han ratificado la opción preferencial de la Iglesia por los pobres, por ser ellos los privilegiados del Reino de los Cielos, los que mejor comprenden el mensaje de esperanza transformadora que tiene el Evangelio. Y es que la gente del común del pueblo tiene bien marcadas algunas características como: la sencillez, la solidaridad, la humildad, encontrar alegría en cosas pequeñas, capacidad de sacrificio, la oración humilde, la confianza ilimitada en Dios, la alegría bulliciosa, etc. No es casual que nuestros templos estén llenos de gente sencilla y que más bien los “de clase alta” sean escasos.

Don Bosco entendió bien esto, el mensaje cristiano es ante todo un mensaje popular, es para el pueblo sencillo, por tanto debe hacerse de un modo sencillo; esto lo aprendió de su propia experiencia personal. Un contemporáneo suyo, Antonio Rosmini, gran filósofo, era además un sacerdote político y estudioso selecto; hombre culto y refinado, quiso realizar la construcción del Reino de Dios por medio de una congregación de personas cultas y refinadas. Otro contemporáneo suyo, que por un tiempo fue salesiano, Leonardo Murialdo, hoy santo, conoció a Dios desde su niñez cuando recibía diariamente las lecciones de espiritualidad en su cómoda habitación, adornada con cuadros y estatuas costosas... La historia de Don Bosco es distinta. Como hijo de una familia campesina pobre, aprendió a ver a Dios en medio de las vacas, de las palas, empapado de sudor por el trabajo del campo. Así como el pequeño Leonardo Murialdo no podía entender una oración que no fuera realizada con decoro en un lugar adecuado, Juanito Bosco no podría entender cómo no es posible entrar en contacto con Dios en medio del trabajo más sencillo, incluso cuando había que limpiar el establo. Estos santos habían tenido una experiencia distinta de Dios.

Tal vez para Rosmini y Murialdo, condición necesaria para presentar a Dios a los jóvenes de la calle hubiera sido la del hacerlos primero unos hombres

medianamente cultos. Don Bosco pensaba de otro modo, para amar a Dios y rezar no era necesario tener la cara y las manos limpias, si se puede tenerlas... ¡maravilloso!... pero si no, no había problema. Algunos sacerdotes no veían con buenos ojos las actitudes típicas del pueblo sencillo: alegría ruidosa, cantar, hablar en voz alta, correr, dar palmadas en la espalda... para Don Bosco que había nacido y crecido en este ambiente no había tanto problema, aunque trató de corregir las exageraciones.

No extraña entonces que Don Bosco haya fundado una congregación para la clase popular con gente de la clase popular. Para ser educador salesiano, más que títulos y honores, lo que se pide es tener un corazón dispuesto a trabajar con entusiasmo y alegría por la educación de la juventud, especialmente la más pobre y abandonada. Lo mismo decimos para entrar en el camino de la espiritualidad salesiana, ésta es nacida del pueblo –de un campesino llamado Don Bosco- para el pueblo, para el pueblo, por tanto todos pueden participar de ella. Es más, un indicador infalible de una espiritualidad salesiana auténtica y genuina es que se vive en medio de la gente sencilla, entre los jóvenes más pobres y abandonados, que son despreciados por el mundo, pero que son los preferidos del Reino de Dios.

Así lo entendió Don Bosco. No condena a los pobres, ya que ésta es fruto de la injusticia, los pobres son víctimas, por eso les revaloriza y les ofrece: 1) una espiritualidad adecuada a ellos; 2) la posibilidad de superar la pobreza por medio de la educación, auténtico modo de evangelización. Para él la pobreza no es un castigo divino, él mismo es pobre y se siente orgulloso de serlo.

Antes de morir pidió que se quitara de su monedero todas las monedas que quedasen, para que se pudiese decir que murió sin un centavo. Rehúsa – huye como de la peste- convertirse en un refinado o un aristócrata; lo vería como una traición a su condición genuina que tan bien le había recordado su madre: “he nacido pobre, he vivido pobre y quiero morir pobre”. Pero su pobreza no era una especie de masoquismo, de ningún modo, sino defensa contra la materialidad egoísta y destructora, frente a la cual la misma Sagrada Escritura nos advierte: “No se puede servir a Dios y a las riquezas” (Lc 16,13). El rico generalmente ama a las cosas por encima de las personas, éste es un camino de fracaso humano y cristiano. La pobreza de Don Bosco tenía una motivación espiritual profunda, renunciar a los bienes terrenos, valerse de ellos pero sin darles el corazón, para obtener el

verdadero tesoro: Dios, aquí en la tierra de un modo imperfecto y de un modo perfecto en la eternidad.

La espiritualidad salesiana es principalmente para la gente sencilla. Ciertamente no es un “sedante” para que los pobres acepten pasivamente su situación, todo lo contrario, es vitamina que lleva a una visión crítica de la misma, busca soluciones y se empeña en realizarlas; sabiendo que el Reino de Dios comienza por la vida digna de todos, para ellos, los bienes materiales son necesarios y buenos si se les da un buen uso y no se los coloca por encima de las personas. Por eso Don Bosco pone como meta última de su trabajo educativo-pastoral formar al mismo tiempo un *buen cristiano y un honesto ciudadano*, meta propuesta para todos, especialmente para los hijos del pueblo sencillo.

Se puede ser un buen ciudadano sin ser un buen cristiano, pero no se puede ser un buen cristiano sin ser un buen ciudadano. En la casa de Don Bosco se pretende formar verdaderos discípulos-misioneros del Señor, testigos de una auténtica espiritualidad cristiana.

LECTIO DIVINA – Jn 4, 1-13

En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños.

Sí, Padre, así ha sido tu voluntad. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

**¿Estoy dispuesto a hacer la opción preferencial por los pobres?
¿Quiero hacerme pobre, vivir desapegado de lo material, por el premio del Reino de los Cielos? ¿Cómo haré presente el mensaje del Reino de Dios a los más sencillos?**

TALLER # 10

DON BOSCO, UNA ESPIRITUALIDAD MARIANA

Vamos ahora a compartir una de las características más bellas de la espiritualidad salesiana, la dimensión mariana. Es necesario comenzar nuestra reflexión reiterando que, ante todo, nosotros seguimos a Jesucristo, nuestra fe es cristocéntrica, pues para nosotros Él es el Camino, La Verdad y La Vida (Jn 14,6). La Iglesia, como madre y maestra, nos enseña que siguiendo el ejemplo de los santos podemos entrar en la dinámica del seguimiento de Jesús, más aún su intercesión nos ayuda en esta tarea. Entre todos los santos María es la flor más preciosa pues es madre de Cristo, es madre de Dios.

Pero vamos un poco más en profundidad. María no es nuestro modelo sólo por haber sido elegida por Dios para ser la madre de su Hijo, eso es muy importante, pero de igual importancia es que ella *se convirtió en la primera y más grande seguidora de Jesús*. De allí que nosotros veamos en su vida una completa disponibilidad a la voluntad de Dios, una plena aceptación a la misma, una vida entregada por completo a acoger el mensaje de Dios, su Palabra, Jesús, en todo su ser; y por tanto un auténtico modelo de seguimiento de Jesús.

Reconocemos también en ella a nuestra madre por voluntad del mismo Jesús quien quiso dejárnosla en la cruz, ciertamente como un poderoso auxilio para nuestras vidas. Su intercesión y protección puede ser testimoniada por millones de católicos en todo el mundo que reconocen en ella a alguien vivo y presente.

Ser auténticos devotos de María tiene implicaciones vitales, afecta nuestra existencia. Más que realizar prácticas piadosas (rosarios, novenas, peregrinaciones, etc.), que bien orientadas son fructíferas, pero mal entendidas pueden ser nocivas para nuestra fe, ser devoto de la Madre de Dios, significa comprometerse con ahínco en la tarea del seguimiento del Señor, ella se nos ofrece como modelo en esta tarea y nos regala además su intercesión, su favor, para poder realizarla. María, no es un “amuleto”, sino una persona real, que nos invita a tomarnos muy en serio nuestro compromiso cristiano.

Hablar de Don Bosco sin hablar de su devoción mariana es un sinsentido. Si bien su devoción mariana desembocó finalmente en la devoción a María Auxiliadora, toda su vida estuvo marcada por una piedad mariana principalmente como Inmaculada. Por ello hoy los salesianos la invocamos como *Inmaculada Virgen Auxiliadora*.

Para Don Bosco la relación con la Virgen era de todos los días. A veces nosotros tendemos a guardar un lugar privilegiado para ella en sus fiestas, pero en la vida de Don Bosco su relación con la madre de Dios es cotidiana y continua. Esta presencia en su vida fue una experiencia de amor materno, su madre Margarita le había enseñado lo que significaba el amor de una madre cristiana, con María este amor fue entendido dentro del horizonte trascendente del amor de Dios. No está equivocado quien afirma que el amor más parecido al amor de Dios es el de la madre. Esta es la primera característica de la devoción mariana de Don Bosco, la de sentirla presente todos los días con materno cariño. Por ello es la madre que piensa en él y que está junto con él en las fatigas, penas y alegrías. Don Bosco quiso enseñar esto a sus muchachos, muchos de ellos huérfanos, algunos habían experimentado el amor de una madre, otro a penas y lo recordaban; pero en el Oratorio encontraban una verdadera familia porque había una madre para todos, María. Resulta conmovedor ver a ese grande grupo de jovencitos de distintas edades, con su ropa vieja y remendada, cansados por el trabajo en las fábricas, manteniendo la mirada elevada hacia la imagen de la Virgen y de rodillas confiarle con ternura sus sueños, sus miedos y sus esperanzas.

Pero la devoción mariana de Don Bosco en modo podría calificarse de meliflua, superficial, o sentimental. Ser devoto de María en el Oratorio tenía una fuerte carga de responsabilidad. María es madre y como tal es también educadora. En el Oratorio el mes de Mayo, mes de la Virgen, todos se ponían a la expectativa, pues se decía que ella pasaba con la escoba para limpiar la casa; y efectivamente era el tiempo en el que los que no lograban entrar en el ritmo de la casa, o amenazaban el ambiente decidían irse, o eran despedidos. Pero esto no generaba miedo entre los muchachos, pues bien sabían que las madres quieren lo mejor para sus hijos y que lo que hacen es por su bien, son justas. Los jóvenes de Don Bosco iban comprendiendo con claridad esto.

Un ejemplo clásico del modo cómo se vivía la devoción mariana en el Oratorio era el de la fundación del grupo de la Inmaculada Concepción, en el

que se encontraba Domingo Savio, hoy santo. Algunos hechos de la vida de este grupo iluminan nuestra reflexión. No todos podían ingresar a este grupo, era una norma, puesta por los mismos integrantes, que para poder ser miembro se debía probar con hechos que la devoción mariana no era una práctica mecánica, sino un hecho existencial.

Por ejemplo, sus miembros debían: 1) observar rigurosamente el reglamento de la casa; 2) edificar (dar buen ejemplo); 3) emplear rigurosamente el tiempo. Por otro lado, ellos se obligaban a realizar una especie de apostolado entre sus mismos compañeros, tarea nada fácil. Pero lo que más llama la atención de este grupo es su propósito de declarar una guerra tenaz y sin cuartel contra el pecado, contra todo lo que aleja de Dios, a tal punto que Don Bosco tuvo que intervenir para que no se realizaran exageraciones para su edad. Estos son propósitos realizados por jovencitos de no más de 15 años... Don Bosco supo plantearles retos significativos y estos no dejaron de asombrarlo.

La presencia materna de María en nuestra vida produce efectos que pueden ser vistos, casi medidos. En primer lugar se nos abre una especie de “familiaridad” con lo sobrenatural, lo que no quiere decir que comencemos a hacer milagros... sino que vemos la acción de Dios en el desarrollo de nuestra historia. María nos lleva a Jesús, por tanto su presencia nos hace más amantes de su presencia en la Eucaristía, por lo que la conexión: María-Eucaristía, es inevitable. Como madre, ella nos motiva a no quedarnos con el mensaje del Evangelio, sino hacer a otros partícipes de este don, nos hace apóstoles evangelizadores.

Se ha dicho con acierto que Don Bosco es el santo de María Auxiliadora y María Auxiliadora es la Virgen de Don Bosco. Con el paso del tiempo el santo intuyó el nombre con el cual la virgen quería ser nombrada por sus hijos salesianos. El nombre, María Auxiliadora, no era un invento de Don Bosco, pero en él encontró el trampolín que lo llevó a ser conocido en todo el mundo. ¿Por qué este nombre? ¿No es un tanto fatídico para proponerlo a los jóvenes? Uno pide ¡Auxilio! En situaciones extremas... Don Bosco mismo nos responde: “La Virgen quiere que la honremos con el título de Auxiliadora: los tiempos que corren son tan difíciles, que tenemos necesidad de que la Virgen nos ayude a conservar y defender la fe cristiana”. Y si en esos tiempos Don Bosco hablaba de “tiempos difíciles para la fe”, hoy podemos afirmar que María Auxiliadora es la Virgen de nuestro siglo.

En nuestro camino de ser *seguidores del Señor Jesús*, la Virgen nos ayuda a defender y conservar la fe cristiana mediante nuestro trabajo educativo-pastoral. Años atrás se hablaba de un modo casi exclusivo de “propagar” la fe, hoy sin querer descuidar este objetivo, se es más cauteloso proponiendo defender y conservarla, pues los tiempos que vivimos no sólo no favorecen, sino que inclusive atentan contra la fe. Pero Dios no nos deja desamparados, por el contrario nos ofrece toda su protección, con él nada tenemos que temer. Cuánto mayores eran las dificultades en la vida de Don Bosco, tanto mayor era la confianza que tenía en María Auxiliadora, la “Virgen de los tiempos difíciles” pues confiaba que ella no escatimaría esfuerzos en el auxilio.

Nosotros, como educadores salesianos, aprendamos del ejemplo de María a: 1) Ser auténticos seguidores del Señor Jesús, mediante la amistad con él, la búsqueda y aceptación de la Voluntad de Dios y asumiendo como nuestra la causa del Reino; 2) Entendiendo nuestro servicio educativo como acontecimiento de salvación, como respuesta al grito de auxilio que miles de jóvenes lanzan pues su presente y su futuro se ve amenazado; 3) Afrontando con temeridad y sin miedos los desafíos de una sociedad que no favorece el desarrollo de nuestra fe.

LECTIO DIVINA – Jn 4, 1-13

Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: «No tienen vino.» Jesús le responde: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.» Dice su madre a los sirvientes: «*Haced lo que él os diga.*» Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: «Llenad las tinajas de agua.» Y las llenaron hasta arriba. «Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala.» Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: «Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.» Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días.